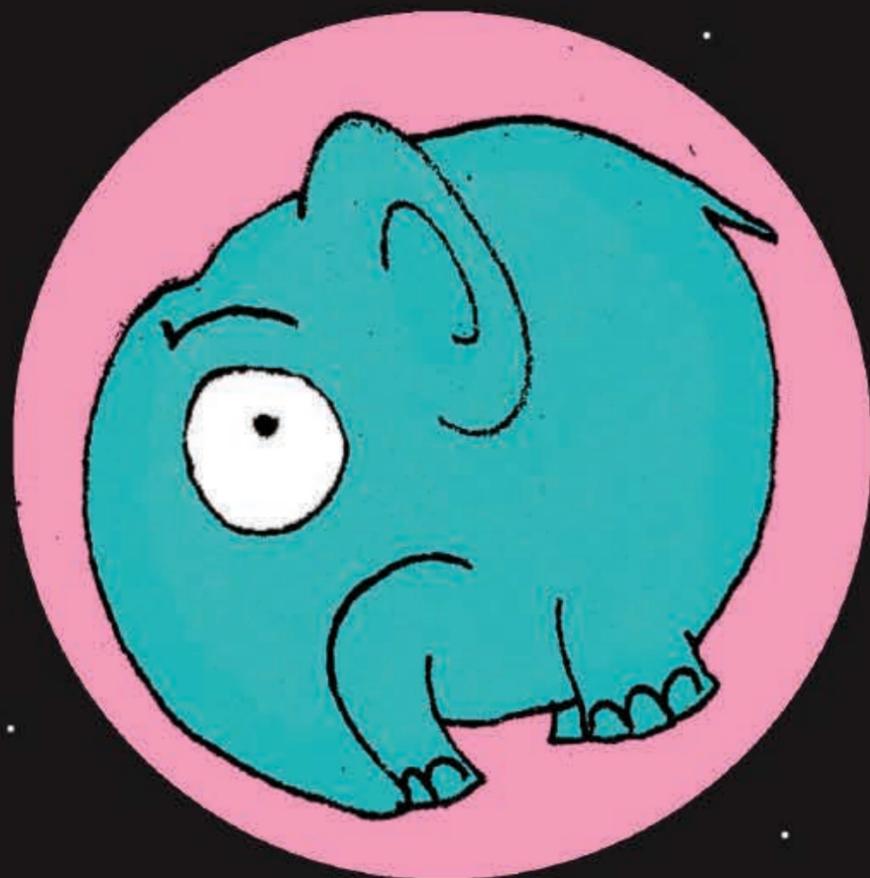


Ser y
contar

TORTA PARA ELEFANTES



DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS E ILUSTRACIONES
Andrea Bianco

COLECCIÓN 2019 - CUENTO Nº 10



MUTUAL DOCENTE
AMCDA

10

Amanecía en Pata de Cabra, y caía una lluvia parejita, de esas que dan ganas de comer panqueques y tirarse a la marchanta.

Juana Petruja terminaba el zumo de rana mientras miraba por la ventana. Osvaldo Cuervo dormía a pata suelta porque, como siempre, había trasnochado.

Nada podía ir mejor cuando sonó el teléfono. Era Antonia Malasangre, una bruja amiga de Juana de toda la vida que andaba con un problemita.

Estaba a punto de cumplir años, se le había roto la batidora, y como no tenía ganas de batir a mano el bizcochuelo, no tuvo mejor idea que recurrir a un antiguo hechizo que había aprendido de niña. Pero se ve que en todos estos años, cumplía 157, sus poderes se habían incrementado y el bizcochuelo recibió una descarga mágica tan intensa que quedó gigante, gigantísimo, como mil bizcochuelos juntos.

Entonces Antonia lo puso en el jardín, mitad para que se enfríe, mitad porque no entraba en la casa.



Hasta aquí el tema no llegaba a la categoría de problema.

El caso es que a la media hora, el jardín estaba repleto de elefantes.

Todo el mundo sabe que los elefantes adoran el bizcochuelo, todo el mundo menos Antonia. Llegado a éste punto, el tema comenzaba a complicarse, pero no tanto como cuando los elefantes, habiendo ingerido la preparación mágica, comenzaron a aumentar aún más su tamaño, que ya de por sí, era enorme.

Bendito sean los dioses que quisieron que Antonia viviera en una casa con un jardín colosal. Quién sabe si no, en qué asfixiante desgracia hubiera acabado el cuento.

Juana llegó de inmediato en su escoba con el maletín de primeros auxilios:

-Correte Antonia- dijo sin éxito porque Antonia no tenía para donde correrse, pues todo el lugar estaba completamente elefantizado.

Sacó su varita de palo santo y con un movimiento absolutamente preciso, alto y claro dijo: "Por el poder de éstas gotas de agua que mojan, que todo elefante presente se encoja".



Tan segura estaba Juana, tan obediente la lluvia, tan palo santo la varita y tan atónita Antonia, que los elefantes se encogieron, si, pero al tamaño de un juguetito de cotillón.

En la palma de la mano de Juana entraban tres, cómodos.



-¡Por las barbas de San Judas Tadeo, sin anteojos ni los veo!- dijo Antonia, pensando en meterlos dentro de la piñata.

Por suerte quedaba un trozo de bizcochuelo y muy inteligentemente se los dieron de comer.

Los elefantes comieron y retomaron su tamaño original y, cuando se acabó la torta, se fueron chiflando bajito por donde habían venido.

Juana y Antonia tomaron unos mates y se contaron las últimas novedades, algunas grandes y otras pequeñas, aunque no por ello menos importantes. Se despidieron con un gran abrazo y unos gajitos de hierbas aromáticas que Juana aceptó como retribución por su excelente trabajo.

-”Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña, como veía que no se caía fue a buscar a otro elefante”- cantaba Juana volando en su escoba, de nuevo a su horrendo y encantador consultorio, con una lluvia inspiradora, que más que acogedora, era encogedora.